

PELICULAS

Novela Semanal

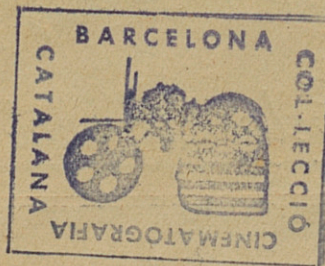
41
*Labios
Sedientos*



por

*Paulina Garón
Betty Blythe*

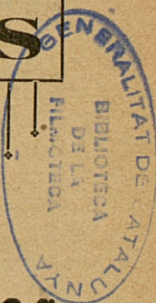
25
CTS



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 11 :: 25 CTS.



LABIOS SEDIENTOS

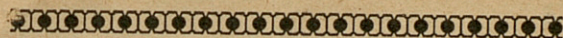
Versión novelesca de la película del mismo nombre,
genialmente interpretada, por PAULINA GARÓN
y BETTY BLYTHE

Gran Film "EXTRADIANA" de
EXCLUSIVAS "DIANA"

CALLE ROSELLÓN, 210 -- BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



I

EN CONEY ISLAND

Coney Island es un popular parque de diversiones de Nueva York donde hay de todo, desde el infantil «tío vivo» hasta el barracón elegantizado, donde se cultiva el espectáculo de variedades a la manera de los circos de feria, o sea exhibiendo las atracciones en la puerta del local, sobre un tablado, en el que previamente un charlatán hace la presentación, enumerando y ensalzando los méritos de cada artista.

Tony Tyler es propietario de dos de estas barracas con pretensiones de teatro, en realidad plantel y cementerio de artistas, porque allí es donde han nacido y algunas vuelven a morir en su ocaso, muchas de las famosas estrellas del Broadway.

Empresario de uno de sus locales, Tony Tyler, tiene arrendado el otro, que está precisamente al lado, al joven Billy Armstrong, a quien llaman en el parque «el buen perro», acaso por ser él mismo el propio charlatán de su espectáculo y pasarse las horas «ladrando», naturalmente, sin morder...

Cultivador del mismo género, el primero le hacía una competencia rabiosa al segundo, sin duda con la intención piadosa de arruinarlo para quedarse con el local y con la fianza.

Son las seis de la tarde, la hora más propicia para atraer a los espectáculos el mayor contingente de público que afluye a Coney Island, y el «buen perro» se halla perorando con frenesí en elogio de las maravillas que presenta sobre el tablado.

—¡Vean, señores, al extraordinario fenómeno mister Jim, que se traga los sables de caballería como si fuesen bizcochos! ¡Aquí tienen a Fátima, una odalisca auténtica, bayadera del Nilo, proclamada reina de las danzas orientales!

Y allí estaba Fátima, danzando cadenciosamente, mostrando un delicioso semidesnudo, con su atavío de esclava turca... Pero la provocativa e incitante bailarina ni era árabe, ni cosa que se le pareciera; en privado se llamaba Paula, neoyorquina de nacimiento, *girl* de pura cepa, bondadosa, recatada y honesta como la que más.

El charlatán a sueldo de Tony Tyler también se desgañita proclamando la excelencia de su espectáculo y hasta, de vez en vez, se atreve a menospreciar el del vecino... Recostado sobre el tablado, Tony observa a la gente estacionada por igual ante las dos puertas rivales y, cuando mayor es la afluencia, dice a un ayudante:

—Ahora es el momento de pescar al público; haz desfilar a las chicas.

Y del local de Tyler sale una banda de músicos tocando una marcha, a cuyo compás des-

fila una docena de *girls* con evoluciones de revista, zigzagueando primero entre los mirones y realizando después un movimiento envolvente.

Era la sorpresa de aquella tarde, que dió a Tony un magnífico resultado, pues Billy, en menos de cinco minutos, se quedó limpio de espectadores.

«El buen perro», a pesar de su bondad, tuvo ganas de emprenderla a mordiscos con su desahogado colega; pero se contentó con echarle en cara su felonía. Dirigiéndose a él, lo increpó:

—¿Usted cree que está bien eso que hace?

Tyler sonrió burlonamente y contestó:

—Desde luego. Y usted olvida, querido Billy, que cuando termine su contrato puedo dejarle en la calle si quiero...

—¡Pero eso no le da derecho a hacerme ahora una competencia ilícita!

Tony se encogió de hombros y dió por terminado el altercado, que, en iguales o parecidos términos, se suscitaba cada día entre ambos colegas.

Aquella noche, después de la función, y cuando Paula se había desposeído de sus atavíos orientales, asumiendo su verdadero carácter de mujer del hogar, pidió permiso para entrar en su departamento Jim, el tragasables, de labios del cual oyó la joven la siguiente noticia:

—¿Sabes que a la pobre Sadie le ha vuelto a dar el ataque?

Sadie era una compañera de Paula, veterana artista que ya frisaba en los cincuenta

años y que aun formaba parte de la «troupe» por los buenos sentimientos de Billy.

—¡Pobrecita! — exclamó Paula—. Anda, Jim, haz que la traigan aquí.

Desapareció éste y poco después entraban a la doliente, que fué depositada en un diván, donde se reanimó algo merced a los cuidados de la caritativa artista. Sin embargo, veíase a Sadie tan enferma, que Jim corrió a requerir el auxilio de un médico.

Pronto acudió Billy Armstrong y dijo:

—Lo mejor será llevarla a su casa y avisar a sus parientes.

Oído lo cual por la enferma, expresó, incorporándose trabajosamente:

—Yo no tengo más familia que mi pequeña Mary...

—¿Dónde vive?

—Está interna en un colegio de la calle 29. Siempre he hecho todo lo posible por apartar a mi pobre hija de esta azarosa vida.

Después de un corto silencio añadió con tristeza:

—Pero ahora, cuando siento que llega el final de la jornada, me gustaría decirle adiós...

Paula llamó a Billy a un rincón y le dijo quedamente:

—Veo a Sadie en inminente peligro de muerte. ¿Por qué no hacemos venir a su pequeña?

—Opino lo mismo y voy a enviar una carta llamando a la muchacha...

Cuando llegó el médico y examinó a Sadie, confirmó los funestos augurios: la dolencia era mortal de necesidad y pronosticó el inevitable desenlace en plazo brevísimo.

La enferma fué trasladada a la habitación de la fonda donde se hospedaba y Paula no se separó de ella en toda la noche.

A la tarde siguiente, cuando «el buen perro», desde lo alto de su tablado de Coney Island, pronunciaba el cotidiano discurso anunciando su espectáculo—porque podían faltar los actores en el escenario de la vida, pero la farsa no puede interrumpirse—vió acercarse entre los grupos, vacilante, a una angelical criatura, lindísima rubia de diez y ocho años, en la que Billy creyó adivinar a la hija de Sadie, que acudía a su llamada...

En efecto, tratábase de la inocente Mary, que jamás había puesto su pie en Coney Island, y que, un tanto cortada, interrogó al empresario que se apresuró a descender del pedestal:

—¿Es usted el señor Billy?

—Sí, señorita. Y usted ¿es Mary?—Y al gesto afirmativo de ésta, cogióla cariñosamente del brazo y la llevó tras sí, diciendo:

—Vayamos a un sitio a propósito para hablar con tranquilidad...

—Pero, ¿y mi madre?—inquirió la joven con angustia—. ¡Yo quiero verla en seguida!

—Ahora mismo viene, aunque tiene usted que demostrarme que es una muchacha juiciosa, pues su mamá está muy enferma...

Entretanto, en la habitación de la moribunda, se sostenía la siguiente conversación entre ésta y Paula.

—Paula... Amiga mía...—hablaba Sadie con dificultad—. Mi Mary quedará abandonada...

—No pienses en eso ahora, Sadie...

—Sí... Es lo único que me preocupa... Pero,

usted que es tan buena... ¿me promete velar por ella como si fuera hermana suya?

Paula, sin poder disimular la emoción, contestó:

—Sí, compañera, puede usted estar tranquila. Yo cuidaré de Mary... ¡Se lo juro!

Al poco, entraba la muchacha en la estancia, seguida de Billy, y no pareció sino que la infeliz madre se había esforzado por alargar el débil soplo de vida que le restaba hasta que no diera el beso de despedida a su hija, pues, cumplido este fervoroso anhelo, se desprendió del alma en los brazos de Mary.

II

LA NUEVA «ESTRELLA»

Y el tiempo, que cierra todas las heridas y apacigua todos los dolores, llevó un nuevo astro a los espectáculos de Coney Island.

Una tarde, en el tablado de Billy Armstrong, junto a la oriental Fátima, hizo su debut, como bailarina de danzas modernas, Mary que estaba resplandeciente de belleza, juventud y gracia...

En seguida se captó las simpatías de los mirones que, en gran número, se apresuraron a adquirir localidad para admirar en su trabajo a la nueva artista.

Billy no podía ocultar su alegría, considerando que ahora no le valdrían tretas a su rival vecino...

Cuando éste salió a la puerta de su local y la vió limpia del acostumbradoorro de gente, hizo un desagradable gesto de sorpresa.

—Escuche, patrón—le dijo un empleado—. La nueva «estrella» de «el buen perro» se está llevando toda nuestra clientela...

Entonces Tony estuvo contemplando un buen rato a Mary y, luego, monologó:

—La pequeña bailarina es un buen gan-

cho para el público... ¡Hay que quitársela a toda costa!

Y cuando la nueva artista se retiró del tablado para efectuar su número dentro, Tony llevó su osadía hasta querer penetrar en el teatro de Billy, pero éste lo atajó en la puerta, diciéndole:



—¡Mi espectáculo está abierto para toda la competencia decente, pero no para usted!

El aludido quiso fulminar a su rival con una mirada de odio y de desprecio, que Billl le devolvió con creces...

La guerra quedaba declarada desde aquel momento y Tyler se alejó de allí para amasar un plan que le asegurase el triunfo.

Casi toda la compañía Armstrong y parte de la de Tony, alojábase en casa de mamá Claney, una voluminosa señora que tenía aspecto de lo que era: patrona de casa de huéspedes. Allí se fué a vivir Mary, instalándose en la

misma habitación de Paula, la cual cumplía al pie de la letra la promesa hecha a Sadie, pues se había erigido en maestra y protectora de la muchacha, aunque sin hacer alarde de ello ante nadie, ni siquiera ante la interesada, a cuyos ojos pasaba simplemente como una buena amiga y compañera.

En apariencia, más celo demostraba por Mary el joven Billy, no ya por el éxito conseguido en las tablas que le estaba proporcionando pingües ganancias, sino porque los encantos personales de la joven se le iban adentrando poco a poco en el corazón. En una palabra, Billy se sentía perdidamente enamorado de su nueva «estrella», a la que no se dejaría arrebatar tan fácil como pensaba Tony, que se apresuró a tender sus maquiavélicas redes.

El desaprensivo empresario, valiéndose de una de sus artistas, huésped también de mamá Claney, hizo llegar a manos de Mary la siguiente misiva:

«Linda princesita: La he visto, la he admirado, y estoy dispuesto a darle el triple de lo que gana, si viene usted a mi teatro. Entre a verme y hablaremos. Suyo.

»TONY TYLER.»

La embajadora, había atajado a la muchacha en un pasillo de la fonda, dióle la carta y, cuando ésta la hubo leído, traduciendo en el semblante el agrado de su halagada vanidad de artista, apoyó el mensaje, diciendo:

—Es la gran ocasión, Mary. Y aunque toda esta gente está contra él, yo le aseguro que es una buena persona...

—He de pensarlo—contestó la pequeña.

—Usted no desprecie la suerte y haga lo que le convenga. Y si Billy y Tony tienen sus cosas, allá ellos...

No fué sola aquella carta la que escribiera Tony el día que nos ocupa; siguiendo su plan, había dirigido esta otra a Billy:

«Cúmpleme recordarle que su contrato de arrendamiento termina el 30 del mes que viene. Le aviso al mismo tiempo que dicho contrato no podrá ser prorrogado.»

Armstrong, acababa de enterarse de la desagradable comunicación, cuando Mary penetró en el despacho y sorprendió a su empresario en actitud desolada.

—¿Qué contrariedad le sucede al amigo Billy?—le preguntó cariñosamente.

Por toda respuesta, «el buen perro» le alargó la carta, diciendo con acento de infinita tristeza:

—¡Ay, Mary! ¡Qué poco dura la felicidad! Me parece que tendremos que echar el telón definitivamente...

—No diga usted eso, Billy—expresó la joven después de leer—. Espero que todo podrá arreglarse.

III

EL PLAN DE SEDUCCION

Aquella noche, después de acabar su número, Mary, aprovechando la ocasión de poder salir del teatro sin ser vista, se dirigió con decisión al local del lado, y entró en la contaduría donde la esperaba impaciente Tony, que no pudo disimular una intensa alegría al ver aparecer a la joven, a quien dijo, en tono zalamero:

—¿Se decide al fin la rutilante estrella a ocupar el sitio de honor que le corresponde en el firmamento?

—¡Quién sabe si me decidiré!—contestó Mary, que agregó en aumento de la figura retórica:

—Pero tiene usted que hacer pasar la tempestad que hay en la atmósfera...

—¿A qué tempestad se refiere?

—A la que ha producido usted en la tranquilidad de mi amigo Armstrong... ¿Por qué no le renueva el contrato, señor Tyler?

—Porque se vale de malas mañas para hacerse la competencia.

Sin que Mary pudiese tener cabal idea de todo el cinismo que encerraba aquella contestación, se apresuró a replicar:

—No diga usted eso... Billy es incapaz.

—En fin, lo pensaré—dijo Tony, al par que cogía su sombrero y apagaba la luz del despacho, agregando después:

—¿Quiere usted que la acompañe a su casa, señorita?

Mientras esto ocurría, Billy y Paula que habían notado la desaparición de Mary, buscaban a la joven por todos los rincones del teatro.

—¿Dónde puede haber ido?—se preguntaba alarmado el empresario, después de la infructuosa pesquisa.

Paula tampoco podía ocultar su entrañeza, murmurando:

—Es bien raro...

Billy, más vehemente, se lanzó a la calle decidido a dar con Mary a toda costa, y no bien hubo recorrido buen trecho, cuando divisó a la joven que caminaba tranquilamente al lado de Tony Tyler. Le invadió un sentimiento de furiosa indignación, y avanzó hacia la pareja, exclamando:

—¡Ah, miserable! ¿Qué nueva maquinación es ésta?

La presencia de Mary contuvo para no agredir de obra a su rival. Pero ella notó en «el buen perro» cierta actitud poco tranquilizadora, y trató de calmarle, apartándolo unos pasos y diciéndole:

—Por Dios, Billy... Puedo asegurarle que me ha tratado como un caballero.

—Todo lo que usted quiera, pero... ¡No quiero verla más con ese tipo!

El tono autoritario en que fué pronunciada

esta frase, molestó a Mary, que se sintió mujer libre y dijo:

—Señor Armstrong, nadie le ha dado a usted permiso para meterse en mis asuntos particulares.

—Está bien, señorita—contestó Billy con visible gesto de amargura.



Y, girando sobre sus talones, se apartó de allí llevándose una herida abierta en su amor propio de hombre y otra, mucho mayor, en su corazón de enamorado...

De allá corrió a poner a Paula en autos de lo que sucedía.

—¿Y sabe usted lo que pienso?—agregó como comentario a su relación—. Que Tony está tramando una jugarreta para llevarse a Mary; y lo peor es que ella ha caído en la red, pues no ha querido ni escuchar mis consejos...

Paula se quedó pensativa. Para no atribular más al pobre Billy, no quiso exteriorizar

los temores que le asaltaron. Por experiencia propia, conocía la maldad que se cobijaba en el alma de Tony. Lo de menos era que el malvado quisiera explotar el arte de Mary en beneficio de sus intereses; la codicia del empresario, con ser mucha, no llegaba a la proporción de la que almacenaba en su instinto de hombre. Paula, aun recordaba con asco el asedio de que había sido víctima por parte de aquél; evocaba la serie de argucias que Tony puso en juego para seducirla, llegando hasta mentirle halagadoras promesas de casamiento... Y consideraba que ella, más avezada en la lucha con el mal, pudo evadirse a tiempo, pero que acaso Mary...

Se estremeció de horror y prometióse estar alerta, afirmándose como nunca en el deseo de cumplir el juramento que le hiciera a Sadie minutos antes de su muerte.

Tony acompañó a la joven hasta la misma puerta de la pensión, diciéndole, en la despedida:

—¿Quiere usted almorzar mañana conmigo?
Y añadió, con refinada astucia:

—¡Pero qué tontería digo!... ¡No la dejarán a usted!

Mary mordió en el anzuelo, replicando vivamente:

—No hay nadie que pueda impedirlo. Acepto la invitación, encantada...

IV

A PUNTO DE CAER

Al mediodía siguiente, estaban Tony y Mary en el reservado de un restaurante del parque, conversando, mientras almorzaban, como los mejores amigos del mundo... El don Juan empresario, desarrollaba una táctica especial, de magníficos resultados visibles, pues daba preferencia en sus elogios a la artista, sin que por ello faltara su pequeña dosis de lisonja a la belleza de la mujer...

Ella escuchábalo con extrema complacencia. Le parecía Tony un ser superior y, como persona, lo hallaba extraordinariamente simpático; reputando la aversión que por él sentía Billy a rivalidades naturales del negocio...

El ágape tocaba a su fin y, Tyler, se decidió a obtener de la muchacha una contestación concreta.

—Bueno, Mary... ¿Qué determinación toma usted? ¿Viene o no a mi teatro? Ya sabe que mi caja es el puente para pasar al Broadway.

Vacilaba la joven. Y aun venció en ella el sentimiento del deber:

—No, de ninguna manera... Yo no puedo dejar a Armstrong... Sería una acción fea...

Fingió Tony cierta expresión melancólica que ilustró con un prolongado suspiro.

—Entonces—dijo—me tendré que resignar a verla a usted entre los espectadores, de los cuales soy su primer admirador...

—En fin, ¡po pierda usted la esperanza... ¡Quién sabe si algún día cambiarán las cosas!

Cuando se despidieron, el truhán hizo temblar su mano entre la de Mary, demostrando una emoción de estudiante tímido, que no se atreve a declarar su amor...

Ella, mujer al fin, a pesar de su inocencia se fué convencida del afecto que había despertado en aquel hombre, produciéndole este convencimiento una satisfacción muy íntima.

Entró haciendo gala de su alborozo, en el camerino que compartía con Paula, a quien dijo, sin más rodeo:

—Vengo de almorzar con Tony, y he pasado un rato agradabilísimo...

A Paula, le dió un vuelco el corazón y, no pudiéndose contener, expresó con acritud:

—¡No quiero que frecuentes la amistad de ese mal sujeto!

—Mary, experimentó idéntico sentir de rebeldía que cuando la increpó Billy por el mismo motivo, y saltó:

—¡Hola! ¿De cuándo acá se ha convertido usted en mi mentora?

Mordióse los labios Paula y no dijo un punto más sobre aquella cuestión. Minutos después, salió del cuarto y se encaminó diligentemente al teatro vecino, invadiendo el despacho donde Tony escribía.

A modo de saludo, lo interpeló así:

—¿Se puede saber qué idea abriga el señor Tony, a propósito de Mary?

—Pues muy sencillo—contestó éste, a quien la presencia de su fracasada conquista sorprendió, exacerbando dormidos sentimientos—. Para mí, cualquiera otra mujer que no sea usted, sólo puede interesarme como negocio...

—¿Ah, sí?...—expresó ella con reticente ironía.

—Sí, Paula. En el asunto de Mary, sólo me mueve mi interés de empresario... ¿No lo cree usted?

—Se había alzado del asiento y acercábase a la visita en actitud melosa, pero Paula no le dejó llegar: prorrumpió en una carcajada burlona, y echó a correr restituyéndose al lado de su insurrecta protegida.

Días después recibía Mary una nueva llamada de Tony, y ella se apresuró a acudir al despacho de éste.

—Me he permitido hacerla venir, para enseñar a usted esto—y puso ante los ojos de la joven un escrito que rezaba así:

«Mi querido señor Armstrong: Lo he pensado bien y como no quiero perjudicarle estoy dispuesto a renovar su contrato.»

—¡Cuánto se lo agradezco!—exclamó Mary con alborozo.

—Pues sepa que lo he hecho únicamente por usted, que es el primer amor real de mi vida, y deseo de todo corazón hacerla mi esposa.

Se ruborizó ella, expresando con su actitud y en su mirada, que hallábase propicia a corresponder...

—¿Sí o no, Mary?—Y el galán le tendía sus brazos, al par que la envolvía en una mirada de fuego.

La muchacha, completamente fascinada, se dejó besar y abrazar y aún correspondió a las caricias de aquel desalmado.

—Nos casaremos en Junio... ¿Sí, Tony? ¡Siempre he soñado con ser una novia de Junio, para ir a la iglesia con flores de azahar naturales!

—Cuando tú quieras, amor mío... ¿Pero, vendrás a mi teatro en seguida?

—Sí... Tan pronto como Billy encuentre la artista que me sustituya.

Con un beso sellaron el pacto, y Mary salió de la estancia con el corazón dándole brincos de alegría.

En el pasillo, tropezó con la satélite de Tony, que le llevaba las misivas, la cual le preguntó:

—¿Cómo tan contenta?

—Es que Tony acaba de pedirme para esposa...

—Pues, si quiere usted seguir mi consejo, no le diga nada a Paula.

—¿Por qué?

—Porque está muy enamorada de Tony, y se pondría furiosa...

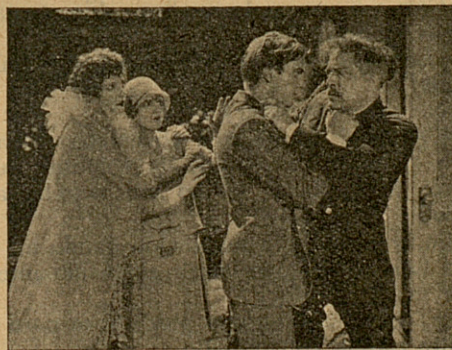
La joven, sin hacer el menor caso del consejo, lo primero que hizo, al llegar a su habitación, fué espetar a Paula:

—¿Sabe usted que, en Junio, me casaré con Tony? Hoy nos hemos prometido...

—¡Cuidado, Mary! — exclamó aquélla, que no le vino de nuevas la noticia, porque la esperaba—. No te confíes, pues mucho me temo que salgas engañada.

—Se equivoca usted, Paula. El lleva las mejores intenciones...

—¡Qué niña eres! Tony no puede jugar



limpio, aunque quiera... Por ese sistema intentó hacerme caer a mí y han caído muchas en sus asquerosas garras... ¡Guárdate de ese hombre, que tiene siempre los labios sedientos de nuevas conquistas!

—¡Nada de lo que usted dice es verdad!... ¡No! ¡Yo no puedo creerlo!—gritó irritadísima, Mary.

En este momento, penetraba Billy en el recinto, que preguntó intrigado, al oír las voces:

—¿Pero, qué pasa?...

—Nada—contestó Paula—. Que esta tonta,

cree de buena fe que Tony se va a casar con ella.

—¿Es posible?

—Sí, Billy, desengañaela, explíquele cómo todo es una trampa, igual que la que quiso terderme a mí...

—¡Mentira! — vociferó desesperada, Mary—. ¡Los celos y el despecho hacen que hable usted así!

—Cálmese, yo se lo suplico—dijo, tratando de apaciguarla, Billy.

—¡Los dos están conspirando contra mi felicidad!

—No diga eso, Mary...

—¡Y usted ignora que yo estaba trabajando en su Compañía contra la voluntad de mi futuro, pero ahora mismo me marchó a su teatro!

Dijo, y salió de la habitación dando un portazo. Los dos la oyeron en el pasillo interpe-
lar a mamá Claney:

—¿Tiene usted alguna pieza libre para mí?
Billy estaba consternado.

—Por Dios, Paula—habló suplicante—. Haga usted algo por que esa infeliz criatura no quiebre su vida para siempre.

—Crea, amigo Billy, que resulta una tarea fastidiosa la de ángel guardián...

—¡Pues ese malvado no se saldrá con la suya! ¡Antes lo mataré!

—No sea usted criatura... ¿No comprende que eso sería peor, pues ella se tendría, entonces, por una mártir?

—¡Pues algo hay que hacer!

—No hay otra salvación sino que Mary se convenza por sí misma.

—Sin embargo, yo le ruego que no la abandone, Paula.

—No cuente conmigo, Billy... ¡También me he cansado de esta vida, y ahora quiero reposar un poco!

«El buen perro» salió de la estancia llevando en su rostro una expresión de hondo pesimismo...

V

JUEGO DE ASTUCIA

Naturalmente que Paula no era sincera al hablar así; con rapidez, habíase forjado un plan que pensó ponerlo en práctica en el acto. Ideando estaba su realización, cuando entró Jim.

—Hombre, viene usted como llovido del cielo — le dijo —. Necesito un gran favor de usted...

—Hable. Ya sabe que yo estoy siempre dispuesto a servirle—contestó Jim, al par que se rascaba la oreja, acción que en él era una costumbre o una necesidad.

—Pues necesito que me preste doscientos dólares que me hacen falta para una cuestión de vida o muerte...

El visitante echó mano a la cartera, extrajo dos billetes de a cien y los entregó a Paula, diciendo:

—No me sobra el dinero; pero, en fin... aquí los tiene.

En seguida procedió a frotarse el oído.

—¿Por qué se rasca usted la oreja, amigo Jim?—inquirió ella con curiosidad.

—¡Toma! ¡Porque soy el único que sabe dónde me pica!

Paula rió de buena gana, volviendo después al tema que le interesaba.

—Otra cosa—dijo—. Usted sabe dónde me alquilarían, por unos días, un chalet amueblado con cierto lujo?

—Precisamente — respondió Jim, haciendo memoria — un pariente mío arrienda uno en el cercano pueblo de Greenwich, de donde yo soy.

—Entonces, si usted quisiera acompañarme ahora mismo...

—No tengo otra cosa que hacer sino ponerme a sus órdenes.

Horas después, Paula, que había recogido su equipaje de casa y teatro, se marchó a Greenwich y «el buen perro» se desesperaba ante la idea de que pronto perdería también a Mary. Acababa de recibir la carta de Tony anunciándole su decisión de prorrogarle el contrato y esto le dió ánimos para explorar de nuevo el ánimo de su adorada «estrella».

Fué a buscarla al cuarto de ensayos para decirle:

—Tengo que comunicarle una buena noticia: Tony me renueva el contrato y me quedo. ¿Por qué no se queda usted conmigo, Mary?

—Imposible, Billy, y lo siento... Pero mi puesto está al lado de Tony, que va a ser mi marido. Compréndalo usted...

Aquella noche Tony Tyler había convenido con Mary que irían a cenar juntos; pero, un momento antes de la cita, aquél recibió una esquelita de Paula que decía:

«Estoy aquí, en este tranquilo refugio del pueblo de Greenwich, donde

echo de menos a alguna persona simpática que me haga compañía. ¿Quiere usted venir a cenar conmigo?»

Hinchósele el orgullo de conquistador y se aprestó a acudir a la galante llamada. En la misma puerta encontró a Mary y le dijo:

—Tienes que comer sola, Mary. Un asunto urgente reclama mi presencia.

Paula sabía que el hábito hace al monje y que para ciertos «monjes» del género femenino, mientras menos hábitos, mejor... Así es que recibió a Tony con un traje de *soirée*, de esos que ahora se estilan confeccionado con menos tela de la que cabe en un pañuelo; traje que dejaba al descubierto una gran extensión de sus encantos de mujer hermosa.

A más de esta decoración, ella puso en su actitud un refinado coqueteo que acabó por enloquecer a Tony.

—En mi soledad—decía Paula—me he dado cuenta de la inclinación que siento hacia usted.

—Pero temo que todo sean promesas como antes—imploraba el conquistador—. ¿Cuándo se decide usted al fin?

—Mañana...

—¿De veras?

—Digo que mañana le daré la contestación. ¡Ahora vamos a beber, a olvidar un poco!

A los dos días de esto, el correo trajo a Mary dos cartas, encerradas ambas en el mismo sobre. La primera decía:

«El escrito adjunto le demostrará a usted que su amiga Paula le ha birlado el novio. — *Una amiga.*»

Y la otra, en la que la muchacha reconoció en seguida la letra de su futuro, rezaba así:

«Paula querida: Cuento los minutos que faltan para que se termine la función, al objeto de estar otra vez a tu lado. Y voy decidido a que me des el sí. Tuyo,

»Tony.»



Mary quedóse absorta un buen rato y luego no se le ocurrió otra cosa sino ir a enfrentarse con la traidora. Guardó la carta de Tony, arrojó con rabia el anónimo al suelo, después de haber convertido el papel en arrugada bola, y partió hecha una fiera para Greenwich.

Billy, que casualmente vió salir a la joven en actitud airada, atrevióse a invadir la habitación de ésta por si hallaba la causa de aquella agitación, y, en efecto, descubrió la misiva anónima, que le puso en antecedentes de todo.

Se trasladó al cuarto de Jim para preguntarle:

—¿Usted sabe dónde vive Paula?

—Sí, señor, en Greenwich.

Mientras le apuntaba las señas, oyó expresar a Billy:

—Sospecho que Mary ha ido allá a reñir con Paula y quiero seguirla para evitar disgustos...



VI

MARY ABRE LOS OJOS

Paula esperaba a Mary y hasta la vió acercarse al chalet. En seguida comunicó por teléfono con Tony, a quien dijo:

—Venga en seguida, que tengo que decirle algo muy importante.

Para ganar tiempo hizo esperar a Mary un buen rato, so pretexto de que estaba en el baño... Luego la hizo pasar, recibéndola con una sonrisa burlona.

La muchacha, roja de ira, sin previo saludo, le mostró la misiva de Tony, y Paula fingióse extraordinariamente sorprendida.

—¿Me quiere decir cómo tiene usted esta carta, señorita Sherlock Holmes? —la interrogó.

—A usted no le importa. Yo he venido para decirle que Tony es mío. ¿Lo entiende usted? ¡Mío!

—¿Está usted segura?

—¡Y tan segura! ¡Como que no me lo podrá quitar usted NUNCA!

Y puso en el adverbio una rotundez sonora y enérgica.

Una carcajada precedió a la réplica de Paula:

—Noblemente le avisé de que él era así; ahora me ha tocado la vez en su corazón y no es mía la culpa...

—¡Oh, no puedo, no quiero creerlo!...

—Pues haga el favor de ocultarse un momento y la evidencia la convencerá—dijo Paula, oyendo los pasos de Tony que se acercaba al salón.

Instintivamente Mary retrocedió hasta la penumbra y pudo ver a su novio cómo entraba y abrazaba cariñosamente a su rival. La ira la impelió hacia ellos, exclamando:

—¡Traidores!

Tony quedóse un momento perplejo; pero reaccionó en seguida y, dirigiéndose a Mary, expresó con severidad:

—¿Qué hace usted aquí?

—Convencerme de que son ustedes unos malvados.

—¡Váyase al teatro y no se mezcle en mis asuntos particulares!

Pero la muchacha estaba fuera de sí y avanzó hasta Paula, increpándola:

—¡Pécora! ¡Maldita!

El la cogió de un brazo y, bruscamente, la arrojó hacia la puerta, diciéndole:

—¡No permitiré que hable usted de ese modo a la mujer que va a ser mi esposa!

La rabia de Mary hizo transición, convirtiéndose en pena, amargura, escepticismo...

—Les doy las gracias a ambos por haberme abierto los ojos... ¡Qué tonta he sido!

Dijo esto serenamente y salió del salón. Pero, no bien hubo traspuesto el umbral, llegó a sus oídos esta frase de Paula:

—¡No me toque usted, infame!

La sorpresa la hizo quedar rígida. Escuchó con más atención:

—¿Se puede saber qué lazo ha sido este?—decía Tony.

Y oyó que Paula contestaba:

—¡El que yo le he tendido a usted, mal perro, que ha caído en la trampa! Usted no sabía que la madre de Mary, moribunda, me confió a su pequeña... ¡Y yo no podía olvidar jamás esta confianza!

La luz se hizo en la razón y en todas las fibras sensibles de Mary. Rompió a llorar y entró de nuevo en el salón, arrojándose en los brazos de su protectora.

Tony temblaba de furia y mal lo hubieran pasado las dos muchachas, solas a merced de aquel monstruo, si en este momento no irrumpiera en escena un nuevo personaje: Billy.

De una simple ojeada se dió éste rápida cuenta de la situación, viendo al grupo de las mujeres abrazadas y a Tony en actitud de agredirlas. Y con las ganas que él tenía de enfrentarse alguna vez, motivadamente, con su odiado rival, no vaciló en arrojarle sobre Tony, que se aprestó a la defensa.

Enconada y breve fué la lucha. Tony era más corpulento, pero Billy tenía más nervios y más razón. Pronto puso fuera de combate a su enemigo, a quien echó del salón como a un verdadero guiñapo...

—¡Pobre Mary!—decía Paula, acariciándola—. A veces, en el juego del amor, es más ventajoso perder...

Han vuelto a lucir las dos «estrellas» en Coney Island, sobre el tablado de Armstrong: Fátima, la oriental, y Mary, la «boulevardière». «El buen perro» ladra ahora con más dulzura y no sabemos de dónde saca aquel abundante chorro de adjetivos encomiásticos cuando presenta al público sus dos preciadas atracciones.

Los ojos de Fátima brillan con fulgores de triunfo y toda ella irradia alegría. Mirando a Mary se desborda en raudales de ternura; luego dirige su vista al cielo y lanza un mensaje mental a Sadie, a quien se figura entre las nubes sonriente y agradecida...

Todo es porque aquella mañana ha sorprendido a Mary y Billy fundidos amorosamente en un estrecho abrazo, oyendo cómo decía ella:

—Estaba ciega, Billy... Y si Paula me ha abierto los ojos a la verdad, tú me has hecho ver el verdadero amor...

FIN

Muy pronto...

*un grandioso número ex-
traordinario con la película*

Napoleón

*filmada por ABEL CANCE,
cuyo estreno será el aconte-
cimiento más grande de
este año y de muchos años*

//

seguidos

//